

La memoria de Diego de Almagro

Antonio Gil, "Hijo de mí", Santiago, Editorial Los Andes, Serie La otra narrativa, 1992, 103 páginas.

Moriano Aguirre

El tránsito de la poesía a la narrativa está siendo cada vez más habitual entre los escritores chilenos. Las causas pueden ser varias, desde las personales hasta el efecto del circuito literario que privilegia en especial a la novela.

Un caso reciente es el de Antonio Gil (1954), autor de dos libros de poemas, *Los lugares habidos y Cancha rayada*, que tuvieron en su momento una favorable acogida. Ahora aparece su primera novela, *Hijo de mí*, con la que obtuvo el premio para novelistas jóvenes convocados por Editorial Los Andes.

Presentado con el subtítulo *Las fabulosas memorias de don Diego de Almagro*, el relato se abre con una especie de introducción que recoge un viejo motivo literario: el del manuscrito encontrado y publicado por vez primera.

Estas memorias, apócrifas se entiende, del descubridor de Chile -Chili en el texto- se van desplegando a través de un intenso monólogo que tiene como punto de arranque una situación límite: la espera de Almagro de su ajusticiamiento después de la derrota en la batalla de Las Salinas en manos de Francisco Pizarro. Desde este presente que abarcará hasta la narración de su propio entierro, reconstruye fragmentaria y confusamente su agitada existencia.

A la cercanía de la muerte se suma el estado febril que experimenta Almagro. De ahí que su memoria se vea fuertemente alterada, errática, a medida que avanza en la recuperación de los hitos fundamentales de su vida.

Desde su oscuro origen de niño abandonado hasta su rivalidad -odio habría que decir- con Pizarro, como también su participación en las conquistas de Panamá y el Perú, la frustrada expedición a Chile en busca de ansiadas riquezas, las traiciones, sus experiencias sexuales producto de las cuales son sus actuales fiebres, van siendo, entre otras, evocadas en una especie de torremiento delirio.

"Sin orden ni concierto avanza, como puede, Diego el de Almagro esa espesura de los años y los hechos muertos. Bien herrada la monta para un jinete que cabeceaba de fiebres y dudas", dice en un momento. La ambigüedad y la contradicción siempre están presentes en el relato. Quizás sólo sea la esperanza en el hijo que ha logrado huir -Diego el Moro- el único sostén que Almagro tiene en su desesperada situación.

El fundamento del texto de Antonio Gil no es la reconstrucción histórica del pasado, pasado idealizado al estilo de la tradicional novela histórica del siglo XIX. Si hay hechos reconocibles, y por cierto que los hay, sólo operan como soporte, importante sin duda, para lo que realmente interesa: la crisis de una conciencia que busca en su desvarío una justificación de la propia existencia. Por eso dice: "Es hora de hablar con la verdad. Y contar dando cuenta. Si recuerdo, y si no recuerdo

también, quién fui yo: Diego, el de Almagro". Aunque la palabra no pasa por sus mejores momentos, de identidad, de crisis de identidad, podría hablarse.

El conflicto entre el mundo exterior y el mundo interior es permanente a lo largo del relato. Traspasado el primero por la codicia y el ansia de poder, que también ha contaminado al segundo, sólo puede ser superado desde el límite. Desde allí la autocrítica -para emplear un término en boga- constante que se hace Almagro: "Soy el que soy, y como todas las monedas tengo a mi haber yo cara y cruz". Quizás por eso sea la infancia, pese a su desamparo, el único refugio al cual recurre para encontrar algo parecido a la felicidad.

La forma monológica, confesional que asume *Hijo de mí* permite y justifica el tono lírico de la narración. Es una interioridad la que se muestra. El lenguaje adquiere, entonces, una dimensión que va más allá de la mera representación de los acontecimientos.

Antonio Gil en este sentido ha logrado conformar un texto denso, de lectura concentrada - más interesante en sus dos primeras partes que en la última -, que si bien incide en alguna medida reproducir imaginariamente un lenguaje de época, interesa también por la dimensión contemporánea que alcanzan la soledad y la culpa que traspasan toda la novela.

"Hijo de mí", del poeta y ahora novelista Antonio Gil

La aventura de una vida a través

000/95903

Verónica San Juan
SANTIAGO

Los cronistas cuentan que cuando Diego de Almagro esperaba en la cárcel que Pizarro diera la orden de ejecución, "su espíritu y su alma se dulcificaron". Entonces, comenzó a recordar su infancia.

Ese detalle, uno de los pocos conocidos de aquel momento, fue el punto de partida para que Antonio Gil comenzara a fabular. O más bien su

punto de llegada porque este poeta y periodista asegura que no fue él quien buscó a Almagro para escribir *Hijo de mí*, su primera novela.

Repentinamente, en un resquicio de mi inconsciencia, Almagro me encontró y fue perfilándose como un personaje del cual no sabía mucho, pero de quien sabía más de lo que suponía.

Producido el primer encuentro entre don Antonio y don Diego, el señor de este siglo descubrió a un hombre de escasa biografía, que le daba la posibilidad de reinventarle la vida. Pero no toda la vida, porque el escritor tomó ciertos datos básicos que decidió no alterar. El viaje es real. Las batallas que recuerda son las que consignó la historia.

Lo alterado: relatos delirantes que el autor construyó desde el escenario de la cárcel.

A partir de esa información curiosa que descubrí en la *Historia de Chile* de Encina se intensificó en mí el interés por ponerlo en esa circunstancia. El estaba derrotado, perdido, necesitaba recordar.

En este recorrido por sus

días de ilustre los sentidos inundaron naturalmente el plan de la novela.

-Me impone una regla: un hombre que está encerrado en la realidad. El momento de Almagro en la prisión está dado por lo que él ve y escucha. Esos sentidos lo vinculan con el mundo, con el tiempo real y comienza el proceso de memoria.

AVENTURA DEL LENGUAJE

Las últimas horas del hijo del copero del maestro de Calatraba, llevaron a Antonio Gil a vivir una aventura lingüística. "Narrar una historia es sólo una justificación para buscar un habla determinada. Almagro fue como un puente, como un camino que me permitió recrear un lenguaje arcaico. Pude reinventar una forma de hablar en la que relaciono el romance y la crónica de la conquista con el lenguaje de hoy". Fuera el porquerizo y los supos vuelven a alejarse. Los tres podencos de Aguayo, les conozco la ladrada, van orillando el riacho donde cortamos tanta carne y lavamos tanta lanza. Nunca le pasamos nombre a tanta aguada. Así habla Almagro en la pluma de Gil.

Este escritor, que para vivir redacta -con el mismo arte de sus escritos- mensajes pa-



Otro ferroviario que destaca: Sergio Bueno venegas autor del libro "tiempo sin surco" [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Otro ferroviario que destaca: Sergio Bueno venegas autor del libro "tiempo sin surco" [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile